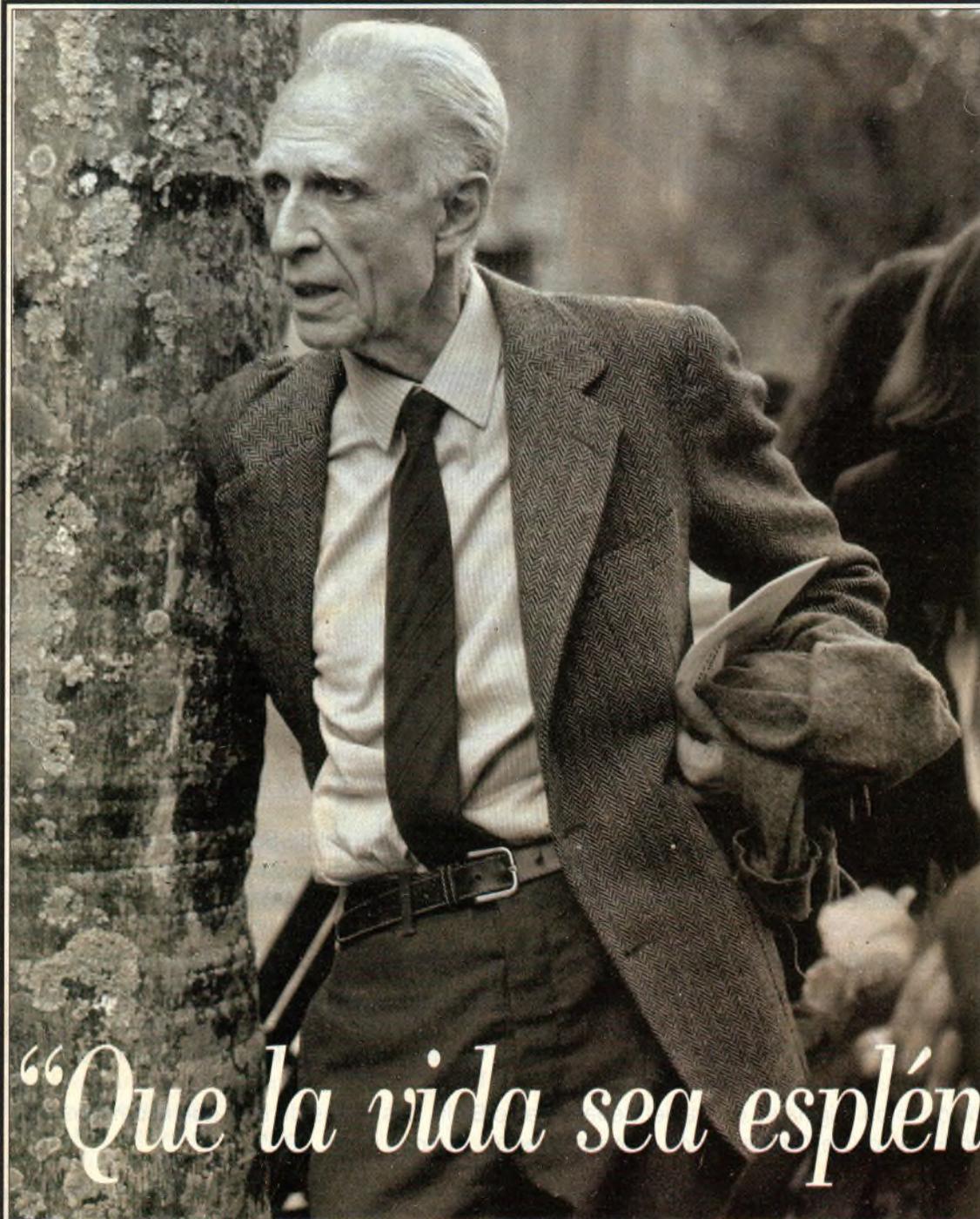




Separata Cultural de Posdata . N°65. Viernes 19 de marzo de 1999

Foto: Daniel Behar



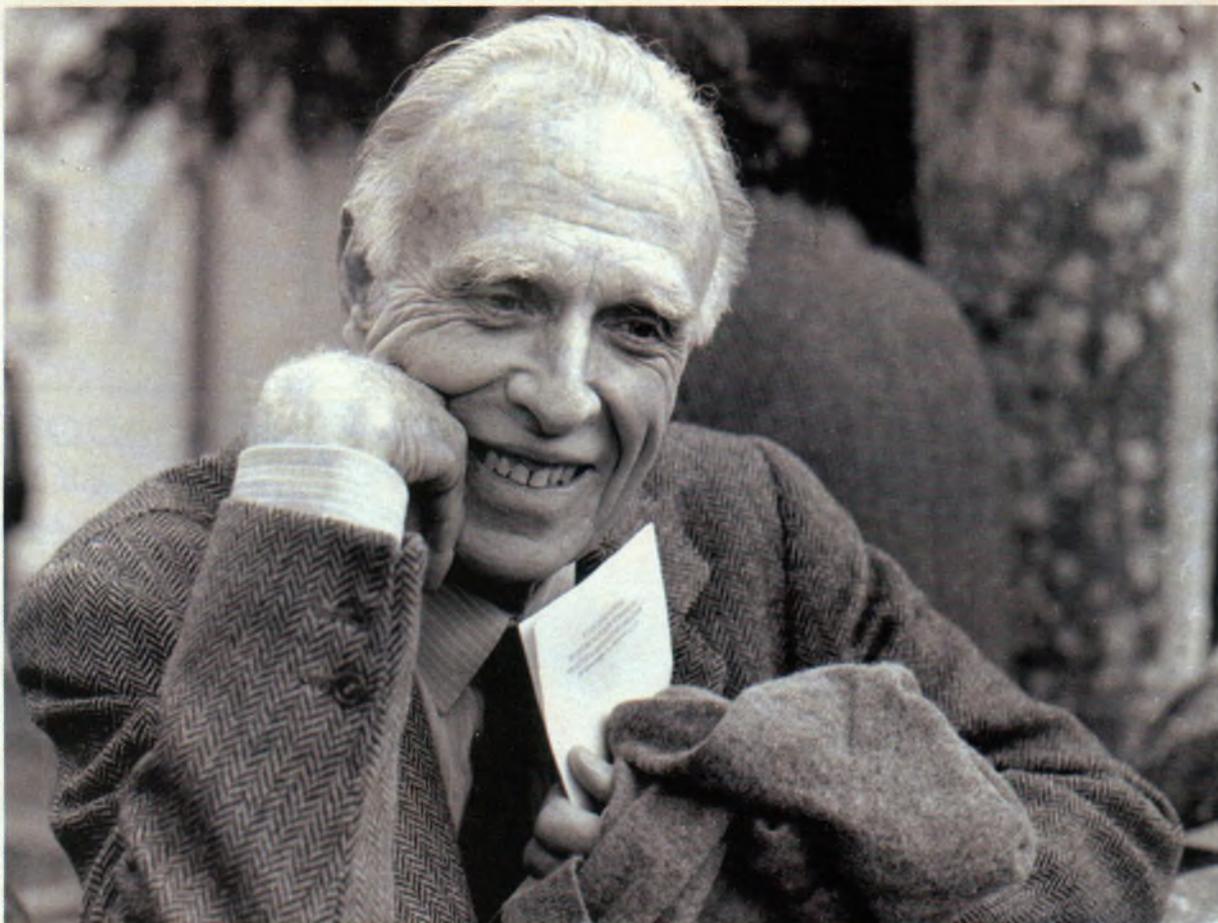
ADOLFO
BIOY
CASARES,

1914 - 1999

“Que la vida sea espléndida”

65

Dossier: Adolfo Bioy Casares (pag. 1 a 16)



Adolfo Bioy Casares ha muerto el 8 de marzo último, y este número de *Insomnia* resulta una más o menos desordenada –tal vez no por eso menos feliz– acumulación de materiales sobre el escritor argentino. Como tantas veces, las limitaciones editoriales que se imponen al tener que responder rápidamente a la muerte –un evento que, acaso supersticiosamente, nuestra cultura considera un mojón de cada vida– han sido salvadas por el aporte de colaboradores tan talentosos como desinteresados. A ellos –Lisa Block de Behar, Isidra Solari de Muró, Carlos Pellegrino y Ramiro Guzmán– debemos los cuatro textos –hasta hoy inéditos – que publicamos.

Ramiro Guzmán, escritor y periodista uruguayo, había conversado con Bioy Casares en su hogar de Buenos Aires en el último mes de diciembre. Ese testimonio se convierte ahora en un reportaje que describe con sutil contención el clima en el que Bioy ha vivido sus últimos tiempos.

Carlos Pellegrino, en su habitual columna, hace brotar un texto a propósito del fin de Bioy evitando eficazmente ser atrapado por el panegírico, ese subgénero deleznable.

Isidra Solari de Muró preside la Comisión Honoraria de Patrimonio Histórico y Cultural de Salto, y ha sido fundadora, junto a Lisa Block de Behar, del Centro Cultural Internacional de Salto. Ella organizó en el año 1990 la primera visita de Adolfo Bioy Casares a esa ciudad, y evoca al autor de *La invención de Morel* mientras recrea momentos de aquella visita.

El ensayo que publicamos de Lisa Block de Behar hace orbitar en armonía las figuras de Bioy Casares, Jorge Luis Borges y Auguste Blanqui. El trabajo, completamente inédito en español, por cierto, había sido presentado por su autora en París el 30 de enero de 1995 en el marco del seminario C.A.S. / I.S.C.A.M. del C.N.R.S. Ha sido publicado originalmente en francés, en el volumen de Block de Behar titulado *Borges ou les gestes d'un voyant aveugle*, París, Champion, 1998.

El número está ilustrado con fotos originales de Daniel Behar y Pablo Bielli. Los textos de Bioy que acompañan esas fotografías han sido extraídos de *Guirnalda con Amores* - Emecé - Buenos Aires, 1959

Aldo Mazzucchelli

Insomnia es la separata cultural de la revista

Posdata

Director Responsable: Manuel Flores Silva; **Sub-Director:** Eduardo Alonso Bentos; **Editor General:** Gerardo Bleier; **Director de Arte:** Fidel Selavo; **SubEditor General:** Aldo Mazzucchelli; **Política, Sociedad e Investigaciones:** Pedro Cribari.

insomniA

Editor: Aldo Mazzucchelli; **Cronistas:** Sofi Richero y María José Santacreu; **Columnistas:** Marosa Di Giorgio, Carlos Rehermann, Carlos Pellegrino, Mario Silva García; **Colaboradores:** Gerardo Ciancio, Gonzalo Curbelo, Aldo Defilippo, Feliciano Dublé, María Echenique, Amir Hamed, Christian Kupchik, Andrea Latorre, Sandra López, David Martino, Jorge Olivera, Alvaro Pempfer, Gabriel Peveroni, Soledad Platero, Eduardo Roland, Gustavo San Román (Escocia), Fernando Santullo Barrio, Fidel Selavo, Julio Varela. **Diseño:** Fidel Selavo; **Fotografía:** Federico Rubio.

e-mail: posdata@adinet.com.uy

InsomniA en Web: <http://intercanal.com/posdata/edicion/separata/separata.html>

“Que la vida sea espléndida”

¿La muerte será el abrupto fin impuesto por el error de algún dios, o el pasado a otro comienzo? En diciembre de 1998, en su apartamento de Buenos Aires, Bioy me confirmaba su agnosticismo, a la vez que confesaba su ilusión enorme ante la eventualidad de encontrarse con Dios.

Estaba preocupado por el paso, y soñaba con reencontrar algún día a sus seres queridos ya idos, en especial a su hija y a su mujer, Silvina Ocampo, con la que había compartido hasta el vicio de escribir. Borges, el otro gran extraño, estaba en una enorme foto, a la entrada del apartamento, muy cómodo pero no lujoso, en el quinto piso de un edificio antiguo.

Bioy estaba sentado en su habitación, impecablemente vestido. A su lado, una mesita con libros. Su mirada, repleta de firmeza. Ojos llorosos, sin embargo. Toda su actitud era de una caballerosidad que impresionaba. Lamentaba estar tan bien de salud pero tan mal de su pierna. Se quejaba permanentemente de su dificultad para caminar pero sin auto-compasión.

Hablaba pausada y tiernamente. Con ganas. La voz le temblaba. Las manos, también. Recordaba cuando, en su juventud, pasó cinco años con dolores de cabeza. Ningún médico hallaba la solución. Hasta que volvió a jugar al tenis. Quería llevarse del mundo un libro y una raqueta. Quizás haya podido hacerlo.

—¿Qué piensa de la situación política argentina?

—Estoy alejado de la política. Creo que este gobierno ha sido bueno. Pero me asusta eso de la re-reelección. Pone en peligro la democracia.

Sonó el teléfono con un timbre muy agudo que incomodó a Bioy. Eso lo hizo reflexionar acerca de si acaso no irá demasiado rápido la humanidad.

—Esto está vertiginoso. Casi loco. Pero el deber de cada hombre es comunicar lo bueno. Lo malo también, para desecharlo. Para que la vida se vea como algo espléndido. Que haya luz cada mañana ya es un privilegio. Temo a la muerte porque me aterra la idea de no ver la luz del día, por la mañana.

Me habló de un cuento que acababa de terminar, acerca de unos muchachos y un accidente, hecho para demostrar lo intransferible del dolor físico. Le pregunté si no será también intransferible el dolor espiritual.

—Me temo que sí. Y eso sería terri-



(Indiscreción) "Indiscreción por cortesía. El interlocutor es la única persona que existe. Negar esto —negándole confidencias— parece una falta de generosidad."

ble porque nos condenaría a vivir aislados.

Asomaron algunas lágrimas. Pero parecía que sus fuerzas se redoblaban. Su entereza daba sana envidia. Me explicó que un joven que atraviesa un mal momento debe cultivarse o acercarse a un maestro, a alguien que lo guíe.

—Yo recuerdo que para mí aquello de poner letras en el álgebra era incomprendible. Pero tuve la suerte de tener un profesor excelente. Se llamaba Felipe Fernández. Siempre le estaré agradecido.

Respondía con la misma llaneza de su prosa. Pensó en su novela *El diario de la guerra del cerdo*, y contó que Borges bromeaba con que siempre debería llevar un cerdito en la tapa.

—He sido afortunado de haber conocido a Borges relativamente joven y de haber mantenido esa amistad por muchos años. Estoy trabajando en unos diarios míos que van desde el cuarenta y tantos hasta el sesenta y tantos. Especialmente la parte que trata de Borges. Cuando uno es tan amigo como yo lo fui con Borges, generalmente se coincide en muchas cosas. Creo que en el amor al Uruguay nos entendíamos perfectamente.

Hablamos de fútbol. Se manifestó hinchista de River, no fanático. Luego comentó generoso que es raro que teniendo tan buenos jugadores la selección uruguaya esté fuera del Mundial.

—En mi novela *El sueño de los héroes* yo ironizaba con que los uruguayos eran campeones olímpicos y mundiales y los argentinos no.

—¿Qué recuerda con cariño de Uruguay?

—Muchas cosas. Salto, adonde no he vuelto por haragán. Montevideo, donde llegué a pensar que podría vivir siempre, como si allí estuviera libre de las desdichas que tenía en Buenos Aires, que no eran culpa de Buenos Aires, sino de los actos, de las cosas que pasaban. En Punta del Este, que todo hace pensar que es un lugar frívolo, he encontrado buenos libros y paz. Ya sé que los uruguayos a veces son duros con Punta del Este. Pero de-

berían estar orgullosos de Punta del Este. Todos los balnearios son algo frívolos.

Su mano izquierda, mirada aislada, se veía endeble. La apoyó sobre los libros. Explicó que en ese departamento se encontraban los libros que lo habían acompañado durante toda la vida.

—Leer o escribir, ¿qué le gusta más?

—Es más placentero leer. Cuando uno escribe puede sentirse muy feliz. Hay momentos en los que uno se siente elocuente, pero también vienen los momentos más cotidianos, de sentirse pobre, que hacen que la escritura sea horrorosa.

La invención de Morel, esa novela de frases cortas que narra el desasosiego de un hombre en una isla, calificada por Borges como perfecta y a veces desmerecida por el mismo Bioy, fue objeto de la charla.

—De todos modos, le debo mucho a ese libro. Con él cambié mi camino literario. Yo quería hacer algo completamente distinto a mis libros anteriores. Cuando lo leí, me pareció que seguía siendo el mismo. Por eso, para la tercera edición, corregí. Ojalá esté bien ahora.

En su cuento 'El rescate', de su libro *Una magia modesta*, Bioy dice que lo más terrible no es la muerte sino estar separados. Esa frase alude con poco disimulo a la partida de su mujer y su hija. Bioy supo estar rodeado de mujeres y terminaba su vida prisionero de la distancia.

Al igual que la literatura, donde los primeros intentos no habían andado bien, relacionarse con el sexo femenino fue para Bioy todo un aprendizaje. Por eso le hacía sonreír su fama de mujeriego.

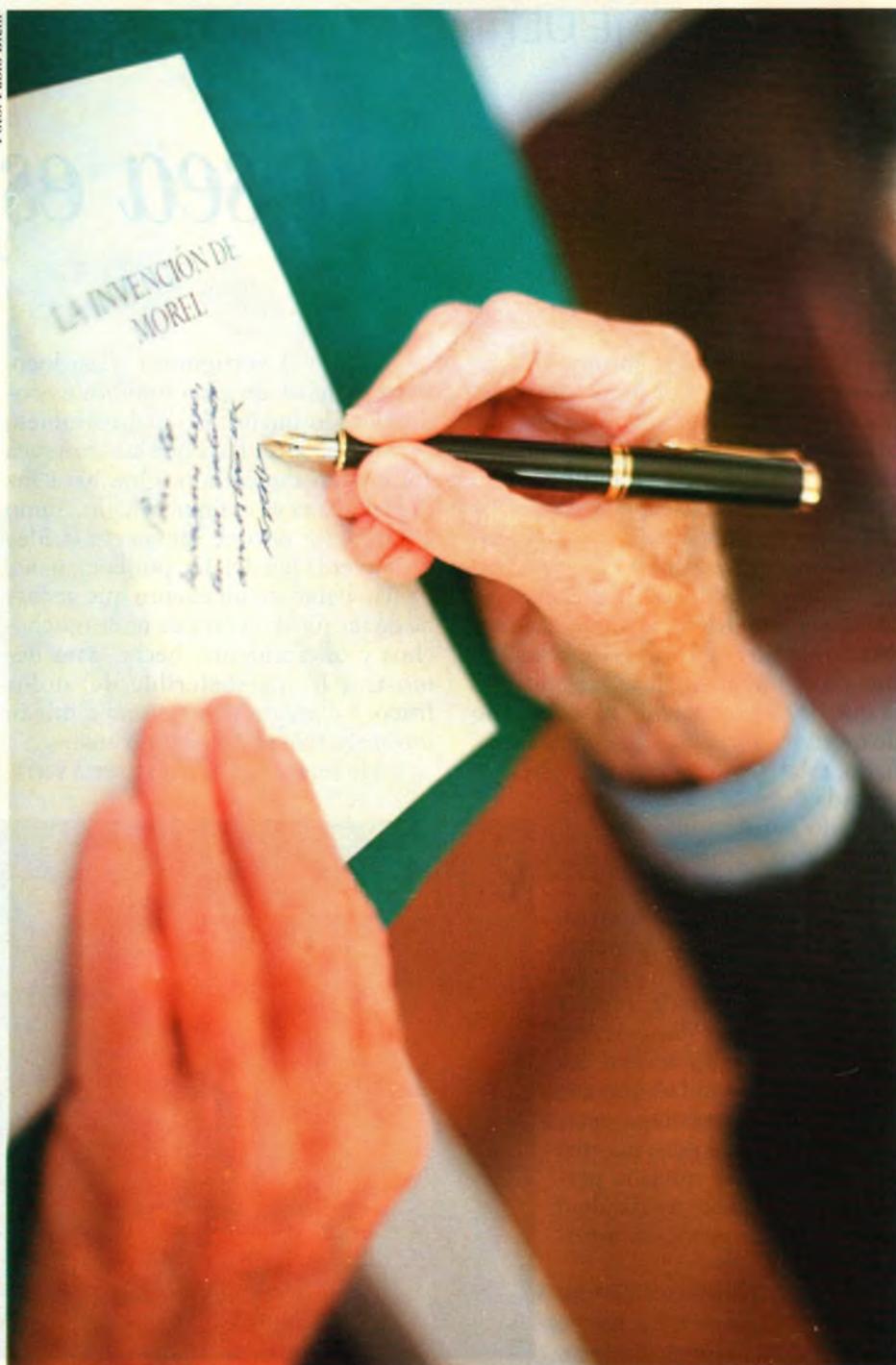
—El mejor regalo que se puede recibir de una mujer es que sea la única.

Estaba algo fatigado por la conversación, anclado en un sillón, y sus ojos contenían un héroe de la literatura fantástica, que sabía también lo que era ser un escritor realista. Lo ejemplificó con *El sueño de los héroes*, según sus amigos, su mejor novela.

Se quedó con una sonrisa, esperando firme, implacable ante lo implacable. Me despidió cariñosamente y pidió un vaso de agua. Sus palabras sonaban como amigas del destino, pese a todo. Las puse en el rincón donde amontono la fuerza y bajé precipitadamente, por la escalera, los cinco pisos. Buenos Aires estaba nublado.

Ramiro Guzmán

Foto: Pablo Bielli



(El mundo es inacabable) "El mundo es inacabable, está hecho de infinitos mundos, a la manera de muñecas rusas. Asistimos una tarde a una riña de gallos en Villa Urquiza y a la noche recordamos la gente que hemos visto en el reñidero y nos preguntamos si para ellos los bataraces y los giros seguirán siendo la más viva, acaso la única, realidad. O nos enteramos, por un tratado de Wilson, de no sé qué disputas entre los apocalistas, gremio que ha prosperado a nuestras espaldas, y nos preguntamos si, cuando cerremos el libro, seguirán disputando.

En el amor, en la cárcel o en el hospital recordemos que afuera hay otros mundos."

Conjeturas y conjunciones en el límite de mundos posibles

(*Any where out of the world. N'importe où hors du monde*)
Charles Baudelaire

(...) *no sé cómo uno puede salir cuando ya está fuera.*
Adolfo Bioy Casares

Sería hasta redundante entrever las posibilidades de aproximación entre mundos paralelos que favorece la ficción a partir de 'La trama celeste' (1944), el cuento de Adolfo Bioy Casares. El narrador cuenta algo más que los 'accidentes' de vuelo de un piloto, de alguien que se aventura a cruzar desde un espacio real a otro, similar, más o menos nuevo, más o menos otro. En esta trama sideral, literal, austral, los astros –las letras y las siglas– se presentan propicios a acrobacias cifradas en una especie de suerte acronímica: el narrador –Carlos Alberto Servián– sólo firma con sus iniciales: C.A.S. Precisamente, fue en el C.A.S. (Centre des Activités Surréalistes, C.N.R.S. de París) donde comenzaron las primeras disquisiciones literarias sobre una hipótesis astronómica, sobre coincidencias que no se explicarían sólo por el azar, aunque sea el azar el que está en juego. Tantas casualidades darían lugar, en consecuencia, por lo menos, a dos *casos*, en francés, *cas* (lat. *cadere*) que caben o *caen* (lat. *cadere*) en las mismas letras. ¿Casos casuales? Semejantes coincidencias bastarían para señalar los acordes entre estos dos casos, sin incluir siquiera, en la serie de 'cas' el principio del segundo apellido de Bioy Casares. La exclusión tiene por fin no incurrir en las tentaciones simplistas de un fetichismo onomástico más parcial que elemental. Sin embargo, por qué no acceder a interpretar estos 'casos' como signos fortuitos, sobre todo aquellos que se manifiestan en esta región literal/literaria que, "casi inexplorada", legitima los "descubrimientos atribuidos al *azar objetivo*" del que hablaba A. Breton, o al puro azar, simplemente.

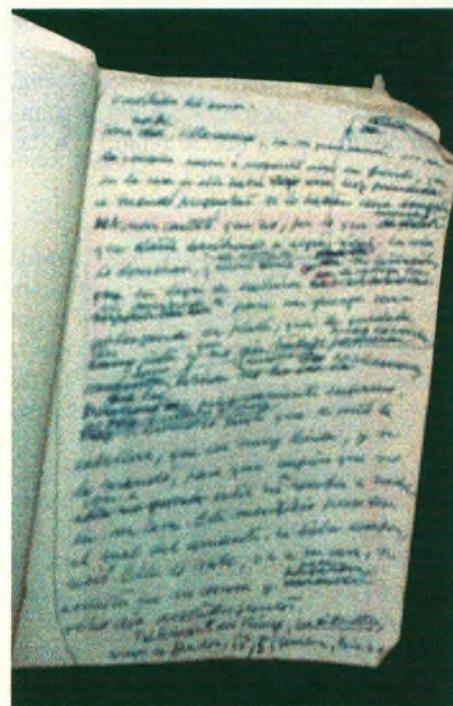
Sorprenden las apariciones o desapariciones dentro de la trama celeste que urde esta narración de Bioy Casares; llegan a intrigar más debido a indicios que hacen suponer la existencia de mundos paralelos, de otros mundos donde otras ciudades, otras calles, personas o sus dobles, sus obras, entidades, identidades o alteridades sobreviven o sucumben sin otra razón que su

simple mención u omisión. Como en un atlas o en una enciclopedia –donde la omisión nominal implicaría la supresión de un continente–, estas discontinuidades ponen en peligro una realidad que sólo la palabra podría salvar. Cuesta superar el estupor, el temor, más bien provocado por los compromisos que se ciernen sobre la palabra, sobre la escritura, responsabilidades que no se diferencian de otras que suelen preocupar a los cabalistas, quienes saben que, aun por la mera omisión de una letra, se perturbaría el orden del universo entero; por la de una palabra...

En ocasión del coloquio del C.A.S., ya había evocado un aspecto al que, ahora, sólo aludiré: anticipaba entonces una *realidad a ultranza* –una *ultra-realidad*– repetida y acelerada por la pluralización de mundos en una cultura de satélites donde "los excesos de velocidad" contribuyen a dirimir o derogar las oposiciones entre aquí y allá, proximidad y lejanía, presente y pasado, ambos y futuro, real e irreal, mezcla de historias y de utopías alucinantes de las técnicas de comunicación que favorece entrecruzamientos inesperados, coincidencias entre originales, copias y facsímiles, esa profusión de 'sosías', que encuentran en la localización pluriplanetaria una salida múltiple para escapar a los límites de un espacio estrecho, demasiado temporal, demasiado humano.

* * *

Más que las vicisitudes de un piloto aventurándose a través de mundos extraños, más que las errancias del narrador de Bioy Casares que sobrevuela por encima de varias situaciones narrativas, se procura seguir las huellas profundas de Louis-Auguste Blanqui en las ficciones literarias de Bioy Casares. En este extraño universo transtextual, los libros de Blanqui –autor de las insurrecciones más terribles, terrorista de la Comuna de París, el anarquista que subvierte sin tregua, aun a costa de su



Una página del manuscrito de "La trama celeste".

propio sacrificio, la sociedad francesa del siglo XIX –son requeridos, registrados, transcritos, perdidos, negados. El relato de Bioy Casares funde los "accidentes" de vuelo del narrador con los vaivenes de un conjunto de libros de Blanqui que aparecen y desaparecen de la escena de la misma manera que se introducen o desvanecen sus personajes o ciudades. Confunde los misterios estelares con los hechos de cautiverio, tanto las opresiones de la celda como las imaginarias "salidas" de esa prisión. Las citas extraídas de *La eternidad a través de los astros. Hipótesis astronómica* cuentan como un salvoconducto que da paso a las referencias más insólitas, vías de pasaje hacia otros mundos tan enigmáticos como inesperados.

No es necesario hacer el inventario de los textos donde este excéntrico libro de Blanqui, la fascinación de sus fantasmagorías espectaculares, el raro tono de una ironía insuficientemente sarcástica modulan los ejercicios fantásticos de Bioy Casares, afines a la célebre poética de Borges desde fines de los años 30. Sus relatos posteriores prolongan esta misma aproximación irónica donde las trampas de la irrupción mediática —que ya había comenzado a hacer sentir sus estragos—, los pliegues y las duplicaciones de mundos paralelos ocultan y revelan, *relevan* dos veces, la realidad y sus variaciones. Son más numerosas las narraciones donde Borges y Bioy Casares insisten sobre la convergencia de entidades diferentes que se cruzan a causa de “una especie de doble vida” —una doble vía— en un tiempo que regresa, reivindicando una eternidad imitada o limitada por la duración de una época que se repite. “¡Todas

incidencias explicarían la casualidad en las narraciones de Bioy Casares:

“Y bueno, parece extraordinaria la idea de colisión... Quien se busca se encuentra.”

decía Blanqui.

Constante también en el imaginario de Borges: ‘Tlön, Uqbar, Orbis Tertius’, ‘El sur’, ‘Los teólogos’, ‘La otra muerte’, ‘La biblioteca de Babel’, ‘El jardín de senderos que se bifurcan’, ‘La muerte y la brújula’ y tantos más, las duplicaciones y dualidades de esas ficciones sólo se explicarían parcialmente sin la visión de mundos alternativos que habi(li)taba la cosmogonía fabulosa de Blanqui.

En varios textos de Borges, al principio de ‘La biblioteca de Babel’ tanto como al principio de *La eternidad a través de los astros*, Borges y Blanqui transtextualizan una misma sentencia de Pascal: “El universo

“Este pensador observó que todos los libros, por diversos que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto.”

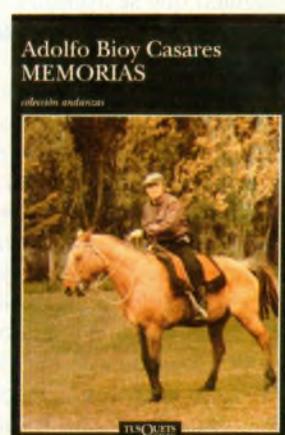
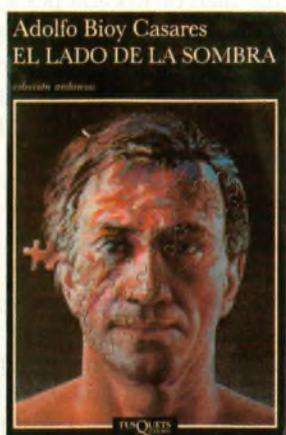
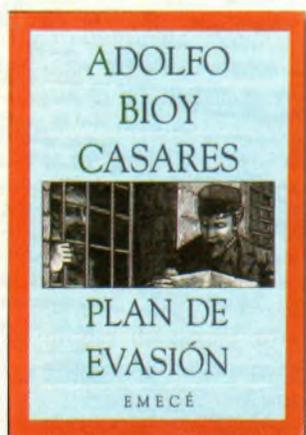
Mientras que, en su *Hipótesis astronómica*, Blanqui afirma:

“Las cantidades prodigiosas de combinaciones diferentes... de arreglos diversos [...] Es demasiada tarea para útiles tan escasos...”

Si no se tratara del Universo, en lugar de la Biblioteca, se diría que es el propio Borges quien prosigue reflexionando en términos de Blanqui:

“Puede ser que me encuentre desorientado por la vejez y el temor, pero no es ilógico pensar que el mundo es infinito.”

O, discutiendo lo contrario, en un



las encrucijadas del cielo están abarrotadas por nuestros dobles!”, exclama Blanqui. Esos dobles abundan; sus límites, difusos, se confunden, las repeticiones no difieren pero al mismo tiempo nunca son las mismas, las copias apuntan hacia una inmortalidad melancólica, y la eternidad al claro de estrellas, o en clave de luna, reclama de *La eternidad* de Blanqui un precedente que no ha sido suficientemente advertido:

“Así, por gracia de su planeta, cada hombre posee, en la extensión, un número sin fin de dobles que viven...”

Constante, el ‘efecto Blanqui’ se verifica tanto en las obras de Bioy Casares como en las de Borges, produciendo a partir de la pluralidad de mundos, de los entrecruzamientos que precipitan los viajes, de los deslizamientos de unos en otros, su suspenso y su sustancia. *La invención de Morel*, ‘Planes para una fuga al Carmelo’, ‘Máscaras venecianas’, ‘Historia desafortunada’, ‘El cuarto sin ventanas’, tantos textos donde las co-

(que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido y, tal vez, infinito, de galerías hexagonales. [...] La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible”, dice el narrador de Borges. Blanqui, por su parte, recuerda: “El universo es un círculo, cuyo centro se halla en todas partes y la circunferencia en ninguna”. También, como Borges, vuelve sobre la célebre afirmación, agregando, a su manera, más adelante, algunas líneas: “Digamos (según Pascal), y con mayor precisión que ‘El universo es una esfera cuyo centro se halla en todas partes y la superficie en ninguna.’” Semejante a Blanqui, prisionero en la sucesión interminable de sus celdas, un “bibliotecario de genio” descubría, en ese cuento de Borges, la ley fundamental de la Biblioteca. Son demasiado numerosas las coincidencias entre ambos autores como para poder registrarlas sólo en las reducciones de un inventario. Pero tampoco debería pasarse por alto la siguiente observación de Borges:

diálogo que mantienen dos personajes de Bioy Casares:

“—Soy escritor —contesté.

—Yo, cosmógrafo.

—Lo que dice me trae a la memoria mi primera preocupación intelectual. Es raro: no se vinculaba a la literatura, sino a la cosmografía.

—¿Cuál era su primera preocupación?

—Tal vez no deba llamar así a la perplejidad de un chico. Yo me preguntaba cómo sería el límite del universo, por lejos que esté, existe.”

Blanqui había comenzado por prevenimos: “Aquí, entramos en plena oscuridad del lenguaje” e inmediatamente agrega: “No se debe manosear el infinito con el lenguaje”.

Tampoco es difícil sorprenderse por este tono de familiaridad trascendente, de escéptica trivialidad a la Jules Laforgue, de fatalidad lúdica, un tono a contrapelo que adoptaba Blanqui y que ha marcado definitivamente a la escritura de nuestros escritores sudamericanos y rioplatenses, aun cuando Walter Benjamin había estimado

que la escritura de Blanqui discurría desprovista de toda forma de ironía. Sin embargo, las alternativas imprevisibles y el reconocimiento de sus frecuentes repeticiones insinúan un revés discursivo que desconstruye cualquier riesgo de solemnidad en sus sentencias en la misma medida que amonesta impaciente:

“O la resurrección de las estrellas, o la muerte universal... Es la tercera vez que lo repito.”

De la misma manera que Blanqui, la imaginación de Bioy Casares se acerca a la complejidad del espacio infinito con la naturalidad de quien sale a pasear por el cielo, con la misma indolencia de quien pasea por recorridos domésticos —o los pasa por alto, no menos indiferente a sus misterios que a los de las calles de París, de Buenos Aires o de Montevideo. Estos autores dan cuenta de la monotonía de un tiempo que sólo pasa para volver a pasar. Con frecuencia, Borges, Bioy Casares, hacen aparecer a Blanqui en sus reflexiones y en sus textos. ¿Qué hace Blanqui en estas tierras? Un aparecido, un fantasma inesperado, rescatado por las letras.

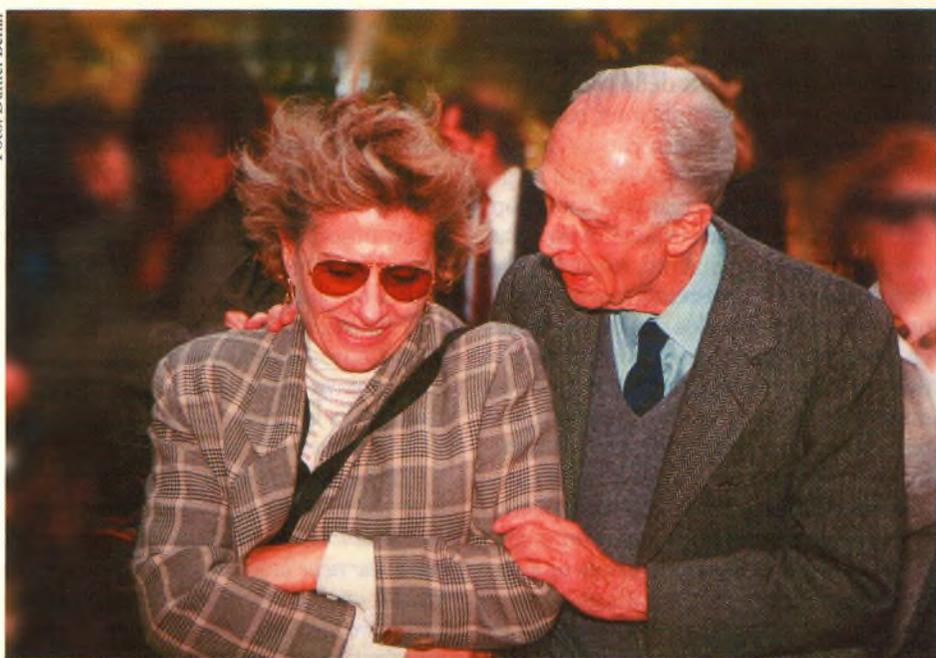
Sin embargo, no debería sorprender tanto si, a pesar de esta presencia, el lector de Bioy Casares o de Borges hubiera advertido tanto la vagación de Blanqui como la omisión de la crítica. No se insinúa una conspiración de silencio, si no se trataría, tal vez, de órbitas que describen recorridos sin llegar a cruzarse en un mismo lector.

Si las palabras son el revés del mundo, esa reversibilidad lo deroga; su iteratividad multiplica los entrecruzamientos y los encuentros resultan más frecuentes. Entre la derogación y la multiplicación, se instala el silencio a varias voces del lector. Elector, ya sabe que no es posible leer todo. Cada lectura es una opción entre esos mundos pequeños donde el estatuto de realidad/ficción, de verdad/versión, de fugacidad/permanencia coincide: “La Poesía constituye eso que es de lo más real, eso que sólo es completamente verdadero en un otro mundo”. Fue Baudelaire quien se debatía más de una vez y en más de un idioma:

“¡No importa dónde! ¡no importa dónde! ¡con tal de que sea fuera de este mundo!”

Se sabe que tanto para estos escritores, como para Nietzsche, Blanchot, Levinas o Derrida, la literatura no es sólo un discurso diferente sino el discurso del deseo de ser diferente, el deseo de decir como el deseo de sí y o de salir de sí, de estar en otra parte. Recientemente, H. Bloom en el prefacio de *El canon occidental*, como ya lo había adoptado de Borges en un libro anterior, volvía

Foto: Daniel Behar



Lisa Block de Behar y Adolfo Bioy Casares, Salto, 1990.

a interpretar este deseo como un “ansia de influencia”, una noción que, en este contexto astronómico, sólo puedo comprender como ese *flux* que es la búsqueda de la *influencia* de los astros, pero también la búsqueda de la influencia de los otros, los poetas que lo precedieron, como el primer gesto, como la primera gestión.

Búsqueda de una anterioridad o de una autoridad, una realidad *otra*, una realidad *alta*, donde alteridad y altura se confunden en otro mundo, por encima. Podría ser el mundo posible, el mundo elegido del que hablaba Leibniz, elegido, leído, libros sobre libros sobre libros que creen —sobre ese poco de realidad que había una vez, como al comenzar un cuento— una sobrerealidad próxima a las estrellas, próximo a los símbolos, antes de *estrellarse* y fracturarse en partes. En la prisión donde permaneció encerrado casi todo su vida, Blanqui contempla una realidad superior, un espacio extraño que se vuelve ordinario, entre el éter, las estrellas, la eternidad.

* * *

La posibilidad de un despliegue de mundos simultáneos y sucesivos alienta a estos escritores, inquietos por la enigmaticidad de sistemas insuficientemente conocidos, a quienes les pesaban las herencias de un siglo envasado de hastío, de esplín, tanto como de positivismo o de teorías astronómicas e hipótesis cosmogónicas. Especulaban sobre los sistemas solares, sobre el espacio infinito, sobre descubrimientos australes; hacían suposiciones sobre otros planetas, sobre su origen, sobre su fin, sobre una eternidad en fuga, que permanece

como *tiempo-sin-tiempo*, en el lugar privilegiado por la imaginación simbólica. Más tarde, Proust recupera el tiempo y los principios estéticos que formula por medio de especulaciones cosmogónicas que se asimilan:

“Sólo por el arte podemos salir de nosotros mismos, saber lo que el otro sabe de ese universo que no es el mismo que el nuestro, y cuyos paisajes nos resultan tan desconocidos como los que podría haber en la luna. Gracias al arte, en lugar de ver un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicado, y en tanto haya artistas originales, en tanto tengamos mundos a nuestra disposición, serán más diferentes unos de otros que esos que ruedan en el infinito.”

Si se trata de hilvanar por medio de citas consabidas las menos previsibles consideraciones de Blanqui, se debe al intento de disminuir —por referencias intertextuales sesgadas— cierta desviación y varias diferencias que no impiden contraer, *sub specie aeternitatis*, los estrechos vínculos que existen entre Borges, Bioy Casares y Blanqui. Los evidentes alejamientos biográficos, las presumibles discrepancias ideológicas sugerirían, a primera vista, que se trata de aproximaciones rebuscadas, forzadas, casi desafortunadas. ¿Reunirlos a los tres? Sería “Beau comme...” diría Lautréamont frente a las yuxtaposiciones que forzaba la afinidad por contigüidad, una afinidad insospechada, inaudita. ¿Reunirlos a los tres? Es cierto, sería difícil compararlos sin sorprenderse por la reunión, no tanto por coincidencias entre escritores de siglos diferentes, procedentes de civilizaciones y regiones alejadas sino por nuestro desco-

nocimiento de las coincidencias. Por un lado, Borges y Bioy Casares, asociados a las esferas más elevadas de la sociedad argentina, escasamente militantes para ciertos gustos, maestros geniales de una imaginación más bien lúdica, que pone en juego los refinamientos especulativos de un abordaje intelectual, de una erudición expuesta que, demasiado inteligente, no atenúa las propiedades de una estética mayor. Por el otro, Blanqui, uno de los mayores rebeldes en una época que no escatimó las conspiraciones ni las violencias, ni los (des)bordes míticos de la insurrección. Temido y postergado, peligrosamente popular, un revolucionario en un tiempo de revolucionarios, una historia de barricadas, más ardiente que incendiario, sacrificado por un medio donde ni la disidencia combativa ni el sacrificio escasearon.

“Existe, sin duda, en algún lugar, en los globos errantes, cerebros bastante más vigorosos para comprender el enigma impenetrable por el nuestro. Es necesario que nuestros celos vayan

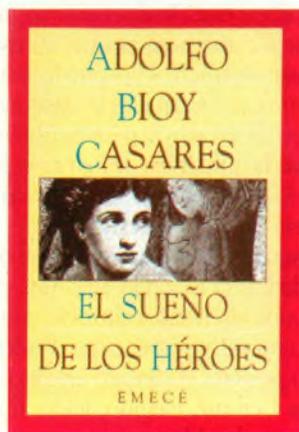
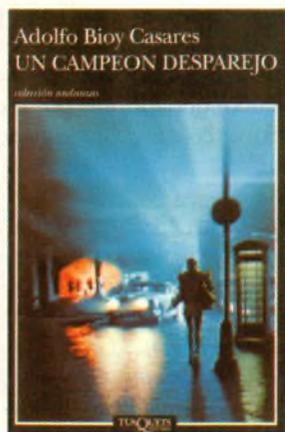
duplicaciones y convertirse él mismo en un sosías, para copiar, para imitar, para devenir, a su vez, una de esas “individualidades nuevas”, “de otros nosotros-mismos”, esas *id-entidades* concebidas por la imaginación de Blanqui, por medio de las cuales intentó fugarse de los encierros de su prisión o de las miserias temporales de todos, pero que no lograron ceñir la vehemencia de su pasión revolucionaria.

En *La cifra*, Borges incluye ‘Un sueño’, un corto poema en prosa que, más allá de los nombres propios o de sus ausencias, compendia la figura en fuga de Blanqui:

“En un desierto lugar del Irán hay una no muy alta torre de piedra, sin puerta ni ventana. En la única habitación (cuyo piso es de tierra y que tiene la forma del círculo) hay una mesa de madera y un banco. En esa celda circular, un hombre que se parece a mí escribe en caracteres que no comprendo un largo poema sobre un hombre que en otra celda circular escribe un poema sobre un hombre que en otra

do y verdadera. (También razona —¡oh Louis Auguste Blanqui, oh Nietzsche, oh Pitágoras!— que la repetición de cualquier estado comportaría la repetición de todos los otros y haría de la historia universal una serie cíclica). En esa moderada versión de cierta fantasía de Laplace —éste había imaginado que el estado presente del universo es, en teoría, reducible a una fórmula, de la que Alguien podría deducir todo el porvenir y todo el pasado. Mill no excluye la posibilidad de una futura intervención exterior que rompa la serie.”

Borges hace numerosas alusiones a Blanqui y, precisamente, en más de una oportunidad, en relación a uno de los temas que más le importan. Por ejemplo, cuando enumera tres doctrinas a propósito del Eterno Retorno: la primera, astrológica, se reclama de Le Bon; la segunda hace referencia a Nietzsche; la tercera, que se funda en la enumeración de los cuerpos simples, es la formulada por “el comunista Blanqui”.



haciendo su duelo.”

En diferentes textos, varias veces Borges hace referencia al *comunista Blanqui*; por su parte, Bioy incluye largas citas de *La eternidad a través de los astros* en los suyos. Por otra parte, cuando Walter Benjamin, estando en París, se entera de la existencia de Blanqui, de sus fantasmagorías, del alcance de su entrega revolucionaria, de sus acusaciones e invectivas contra las distintas formas de opresión que dominaban la sociedad de la época, Blanqui se vuelve una referencia decisiva en el pensamiento del filósofo alemán quien, como Bouvard y Pécuchet, los personajes borgeanos de Flaubert o como cualquiera de los dobles de Blanqui, no cesa de copiar y copiar páginas enteras de ese libro extraño que es *La eternidad a través de los astros*. Tanto que ya no se puede evitar la impresión de que los sosías que pululan entre esas páginas, que los dobles multiplicados que las acosan, seducen y confunden al lector a tal punto que no puede sustraerse a la atracción de las

celda circular... El proceso no tiene fin y nadie podrá leer lo que los prisioneros escriben.”

Apenas en pocas líneas, Borges apresura el esbozo de una poética en imágenes que comparte con Blanqui, redondeando una viñeta anónima que cifra biográficamente la estampa y las fantasías del prisionero, del “encerrado” como se le designaba compungidamente, en sucesivos calabozos. Sin embargo, y más allá de las reiteradas alusiones a texto y figura, a desarrollo y estructura, en otros pasajes, Borges cita y pondera explícitamente el nombre íntegro de Blanqui —también aquí ya se ha repetido y se repetirá:

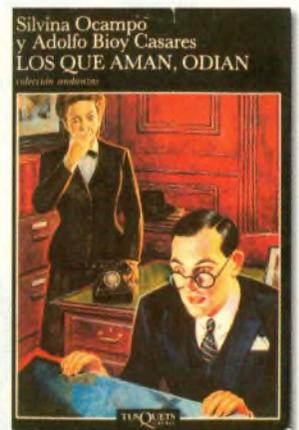
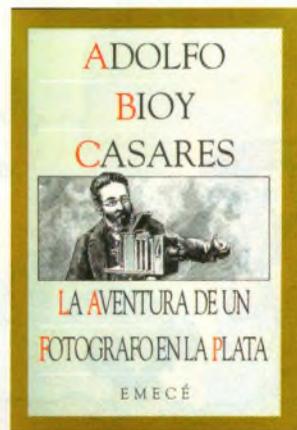
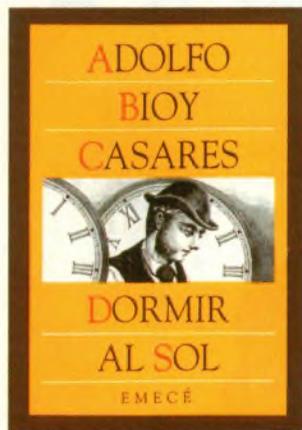
“En aquel capítulo de su Lógica que trata de la ley de causalidad, John Stuart Mill razona que el estado del universo en cualquier instante es una consecuencia de su estado en el instante previo y que a una inteligencia infinita le bastaría el conocimiento perfecto de un ‘solo instante’ para saber la historia del universo, pasa-

“De las tres doctrinas que he enumerado, la mejor razonada y la más compleja, es la de Blanqui. Este, como Demócrito (Cicerón: Cuestiones académicas, libro segundo, 40), abarrotaba de mundos facsimilares y de mundos disímiles no solo el tiempo sino el interminable espacio también. Su libro hermosamente se titula L’Éternité par les Astres; es de 1872.”

Las referencias son frecuentes y las coincidencias —fundamentadas en una concepción estética similar, dos veces cósmica— por más sorprendentes que resulten, no son fortuitas. Aun cuando se intente explicarlas por la lógica de la biblioteca —de la misma manera que se ha intentado explicar el azar por los desplazamientos de aviones y la deslocalización de aeropuertos— el argumento no parece suficiente. Sin duda, Bioy, Borges y Blanqui son escritores que han leído mucho, tal vez, muchos de los mismos libros. Un compañero de celda de Blanqui declaraba: “Mi codetenido Blanqui [...]. Es el mayor *devorador de*

libros que he encontrado en mi vida." Sus citas son verdaderas citas, encuentros literarios y sentimentales en esos pasajes –textuales, rituales, contraseñas– donde se entrecruzan vidas y voces, pases verbales de un autor a otro. Las citas se fragmentan y confunden, se multiplican, se deslizan entre casos varios y cosas que también son causas. Blanqui menciona a Tácito, a Horacio y a Virgilio, pero entre estos clásicos no incluye a Cicerón, mientras que Borges y Bioy, cada uno por su lado, remiten al mismo pasaje donde ambos citan a Blanqui:

"Alegar a Blanqui, para encarecer la teoría de la pluralidad de los mundos, fue tal vez un mérito de Servián; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: 'según Demócrito, hay una afinidad de mundos entre los cuales algunos son, no tan solo parecidos, sino perfectamente iguales.' (Cicerón, 'Primeras Académicas', II, 18)"



También

"O si no: 'Henos aquí, en Bauli, cerca de Pozzuoli, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema?' (Id., id., II, 40)"

Bioy Casares remite a varias fuentes, pero, sobre todo en el cuento que nos interesa, invoca sin cesar a Blanqui y las presencias oscilantes de su obra. La trama celeste empieza con un párrafo que inscribe la clave desde el principio:

"Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes in quarto (las obras completas del comunista Luis Augustin Blanqui)"

Más adelante:

"Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris; pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui. (...)"

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido que para no dejarme arrastrar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, si quiera en apariencia, una cultura enciclopédica, yo tenía que leer según un plan inmutable. (...)"

El 'misterio' de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui. Por de pronto comprobé que figuraba en la enciclopedia y que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació; en mi plan, inmediatas a las ciencias ocultas, vienen la política y la sociología.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de libros encuadernados en cuero pardo, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Las compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía. Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito indicado es L'Eternité par les Astres, un poema en prosa. En mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo. En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris."

Los datos editoriales y bibliográficos no son exactos, corren por cuenta de la ficción de Bioy, sin embargo y con una minuciosidad literal que la narración no frecuenta, como un sosías de Bouvard, de Pécuchet, de Pierre Menard, el narrador se detiene y extiende en una cita de *La eternidad a través de los astros*. So-

trama o en la trampa celeste. Al final, Blanqui se adelanta:

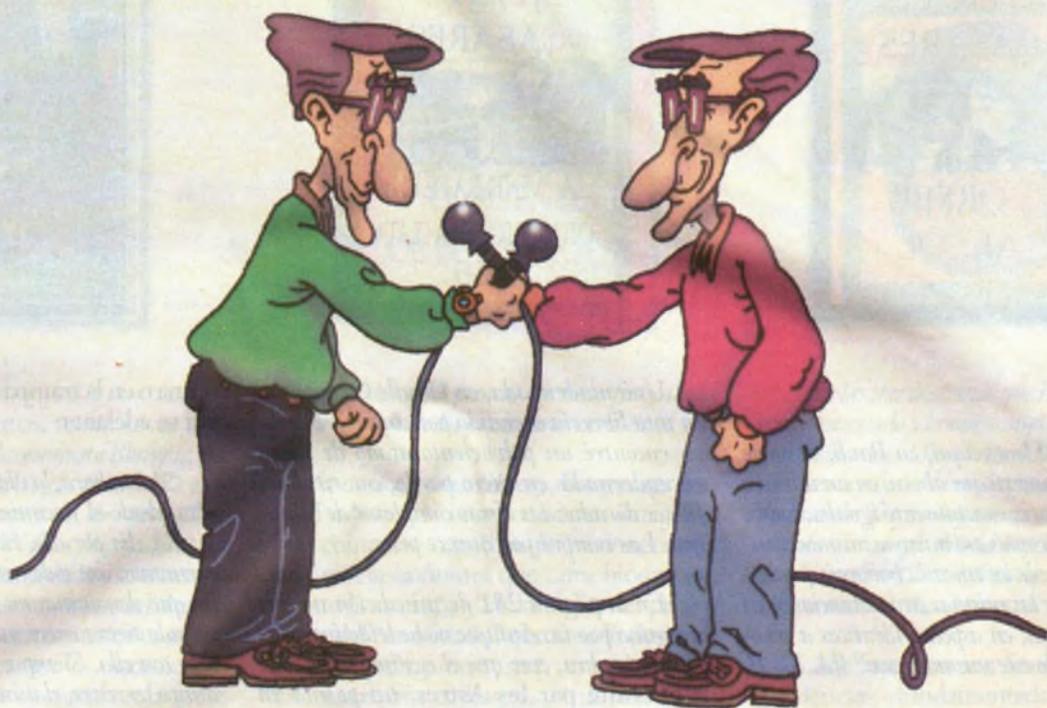
"Habrá infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados, infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos, mi situación será la misma, pero tal vez haya variaciones en la causa de mi encierro o en la elocuencia o el tono de mis páginas."

Individuos, dobles, múltiples enteros y copias fragmentarias. Hipótesis de Blanqui o invenciones de Morel, de Morris o de Bioy, el universo puesto en páginas o en pantallas, exhibiendo el mundo, ocultándolo; acechado y al acecho: está ahí y no está, como los mundos, gentes y ciudades, atrapados en la

trama o en la trampa celeste. Al final, Blanqui se adelanta:

"A esta hora, la vida entera de nuestro planeta, desde el nacimiento hasta la muerte, se detalla, día por día, en las miríadas de astros hermanos, con todos sus crímenes y desgracias. Lo que denominamos progreso está encerrado en cada tierra entre cuatro paredes, y se desvanece con ella. Siempre y en todas partes, en el campo terrestre, el mismo drama, el mismo decorado, en la misma estrecha escena, una humanidad ruidosa, infatuada de su grandeza, creyéndose el universo y viviendo en su prisión como en una inmensidad, para hundirse muy pronto con el globo que ha cargado, con el desdén más profundo, el fardo de su orgullo. La misma monotonía, la misma inmovilidad en los astros extraños. El universo se repite sin fin y pifia en el mismo lugar. La eternidad interpreta imperturbablemente en el infinito las mismas representaciones."

Lisa Block de Behar



CANAL

DE IGUAL A IGUAL
El clásico programa
con perfil uruguayo.

lunes a sábado

13:00 hs.

TELEFONOS PUBLICOS PARA TODOS

¿Viste los nuevos
teléfonos públicos?
Están poniendo muchos
más por todo el país.

Y funcionan con
unas tarjetas nuevas
super avanzadas.

Te conectan con
quien vos necesites,
con los bomberos,
la policía, el doctor...

Podés llamar al interior
del país, a celulares
y a todo el mundo...

¡Acordate que los
teléfonos públicos
son de todos,
son para vos !!!

No los rompas.
Por favor cuidalos.

Más cerca de todos **ANTEL**

Bioy en Salto: un viaje a la amistad y a la memoria

Tengo muy presente la mañana de otoño del año 90 cuando nos reunimos en el Café Brasileiro con Lisa Block de Behar y algunas otras personas para planear, con anticipado alborozo, la inauguración de lo que se llamaría Centro Cultural Internacional de Salto, que funcionaría ineludiblemente en 'el Salto Oriental' y que estaba pensado para un desarrollo descentralizado de acontecimientos y búsquedas culturales fuera de los patrones más recorridos. Alguien en aquella reunión tuvo la desmesurada idea de empezar celebrando: homenajear a Bioy en Salto usando como pretexto la conmemoración de los cincuenta años del cuento 'Tlön, Uqbar, Orbis Tertius' de Borges, quien al pie de página había estampado la fecha y el lugar que más convenía a nuestros planes: "Salto Oriental, 1940". La idea no podía ser mejor si se tiene en cuenta, además, que el protagonista de ese cuento y el que desencadena la mencionada historia es el propio Bioy.

Nunca pensamos en ese momento que esta idea que tanto disfrutamos anticipadamente iba a ser inmediatamente aceptada por Bioy, cuando días después uno de nosotros se la propusiera en Buenos Aires. Pero había más. Bioy también se incorporaba al proyecto y agregaba al programa otros elementos propios que nos aseguraban que de verdad esto iba a ser una fiesta. No solamente viajaría a Salto en el mes de agosto, sino que lo haría acompañado de su hija Martha, a quien también le interesaba este destino. Y viajarían haciendo carretera, con Bioy al volante de un Volvo gris y espacioso que cumplía con los conocidos gustos automovilísticos del escritor.

No sabíamos que este viaje cumpliría con una especie de asignatura pendiente para Bioy. En Salto siempre lo había esperado, en vano, su amigo Enrique Amorim, y tenía además abundantes y concretas referencias de este lugar que provenían del propio Borges cuando volvía de sus visitas a la casa de este amigo en común y de su prima Esther Haedo cuando, según ésta, se venía a curar de mal de amores.

Creo que no es el momento ni me

corresponde a mí describir el desarrollo de las actividades académicas que se llevaron a cabo en esa oportunidad; algunas en una vieja estación de ferrocarril abandonada, y otras en los fondos de Las Nubes, en un viejo galpón de piedra donde Enrique Amorim había organizado, entre otras cosas, espectáculos teatrales. Sí creo que es oportuno indicar que las mencionadas actividades lograron su propósito: ayudar a desterrar el mito de que existen escenarios válidos de la cultura en ámbitos supuestamente recónditos del país. También creo que debo consignar aquí que se desarrollaron con una especie de esplendor intelectual y literario que les confería la participación entusiasmada de Bioy y la solidez ya preestablecida de quienes con sus lecturas ofrecían este homenaje. No fue sin duda menor el resultado que se proyectó cuando uno de nosotros, como consecuencia de estas jornadas, decidiera proponer a Bioy Casares —por medio de la gestión de Arturo Sergio Visca— como el candidato uruguayo para el Premio Cervantes que, como es sabido, le fuera entregado al año siguiente. Fue por eso que regresó a Uruguay, a Montevideo, en esta oportunidad para celebrarlo gracias a María José Rubio, del ICI en ese momento.

He dejado claro que no es al Bioy de las conferencias literarias al que yo voy a referirme, pero sí creo que puedo, en cierta manera, despejar y traslucir el recuerdo de Bioy viviendo en Salto.

Recordar a Bioy, a partir de entonces, ha sido una cosa muy frecuente por quienes lo acompañamos en ese periplo viajero, literario y amistoso. Es muy fácil recurrir a aquellos recuerdos que nos hablan de alguien que en todas sus circunstancias muestra un gusto afinado por la vida, por hacerla más amable, inteligente y amistosa. Lo contrario sucede ahora con su muerte cuando sabemos que estos recuerdos, que se me pide que hoy evoque, pasarán por la nostalgia y no serán confiables para estar a la altura de la luminosidad de quien los concitaba, y perderán quizás por ello su verdadero encanto.

En este viaje a la amistad y a la

memoria, Bioy buscaba y encontraba las huellas y las pistas que le había dejado Borges para que fuera posible que él también fuera descubierto y encontrado en esta visita a Las Nubes. Acompañado por Martha, recorrió la casa de la manera que se recorren aquellas que ya conocimos, que habitamos y a las que volvemos después de largo tiempo de ausencia. Empezaron por la biblioteca. En las estanterías llenas de libros amarillentos de Amorim encontraron los mismos que ellos habían leído y en los que aparecía la literatura de la que tanto habían hablado. En una pared de un dormitorio reconocieron una pintura de Norah Borges, parecida a otra que Martha tenía en su cuarto de Buenos Aires. Cruzando la calle, enfrente en el parque, todavía estaba el banco donde se decía que siempre encontraban a Borges sentado, atisbando, ensimismado, a un viejo y largamente cautivo puma, cuando infructuosamente ya lo habían buscado por toda la casa. Estas cosas las encontró Bioy, otras muchas también habrá encontrado que fueron secretas, personales y no las conocimos.

Entonces descubrimos que la verdadera razón de este viaje era una especie de homenaje, de peregrinación a la memoria de una amistad que estaba entrelazada entre Borges y Bioy y de la que participaba Amorim como una especie de diapasón a la distancia.

También existieron otras personas y otros personajes, que desde lejos y desde el tiempo, también tejieron la trama de este encuentro y que precipitaron presencias intangibles pero de sólidos significados. En la puerta de Las Nubes, antes de que entraran, un enviado los estaba esperando con una carta manuscrita de Esther Haedo en la que les daba la bienvenida y les pedía que visitaran una estatua de terracota que con la imagen de una bellísima mujer se reflejaba en el agua del estanque. Contaba además en esa carta algo que Bioy ya sabía: esa estatua había intercambiado por mucho tiempo y con alguna intermitencia una correspondencia con otra estatua, su idéntica hermana gemela que estaba en Buenos Aires. Amorim y Silvina Ocampo habían decidido desgajar este par de estatuas que eran



Isidra Solari de Muró con Bioy Casares

(Fe) "John Dewey dice: To me, faith means not worrying. Creo justa la interpretación. Si ésa es la fe, a mí no me falta. Avanzo despreocupadamente, creyendo que todo de alguna manera se arreglará, incluso mi definitiva permanencia en la vida y el asunto aquel de la plata que tal vez me robaron y aquel otro."

en sí una armonía para que, una a la otra, debieran comunicarse restableciendo la unidad de sí mismas. Y así había sucedido.

En otro jardín, debajo de un jacarandá, otra estatua, también de terracota, también bellísima, que representa a una joven con el torso desnudo fue postulada para un bautismo. Alguien había traído esa estatua a mi casa por esos días, sabiendo de mi adicción a las viejas terracotas; no se sabe de dónde venía pero sí que lo hacía como una forma de refugio, a la manera de un rescate. Esta coincidencia, la de la estadía de Bioy en Salto con su hija Martha y la llegada de Livia al jardín, propiciaron ese bautismo simbólico en el que Bioy y mi prima Teresa Gallino compartieron su padrino. Descubrieron el lienzo que la cubría y solemnemente la nombraron Livia. Desde entonces su presencia es prevaeciente; su fama, como la de todas las *prima donnas*, ha pasado las fronteras del jardín. Todos los agostos florecen algunos *dendrobium* que están pegados a las ramas del jacarandá, que la rodean, y las pequeñas orquídeas, como breves dedos rosados y blancos, miran, y recrean secretamente, para

Livia, la ceremonia de su bautismo.

Todas esas cosas que seguramente Bioy fue a buscar a Salto y que entonces no significa que no encontrara otras que se incorporaron a sus, ahora, nuevos recuerdos. En los programas que la televisión española ha montado para dar la noticia de la desaparición de Bioy lo filman en su escritorio rodeado de las cosas que más quería. Allí vimos todos, apoyada a otras y entre sus libros, la fotografía que Daniel Behar le sacara en Salto junto a un árbol con la cara iluminada por la mirada y la sonrisa de los días felices. "Creo que nunca me cansaría de mirar el río Uruguay", dice en una carta, y agrega: "Sé que mientras cruzaba la plaza para comprar un dentífrico en la farmacia de la esquina pensé que la vida era muy buena".

También dejó nuevos amigos con esa facilidad de Bioy para que lo quisieran, con ese encanto y esa aparente fragilidad que daba la sensación equivocada de que necesitaba protección. El Dr Juan Carlos De Lisa, con una guitarra, cantó en una de las noches 'Milonga de los Orientales' con una música que Borges no tenía prevista. Estos recuerdos de la visita de Bioy a Salto los he ido desgranando

con esas palabras sueltas y erráticas con que nos referimos en las penas. Pero ciertamente no es la nostalgia lo que la memoria de Bioy se merece. Es sabido que a lo largo de su vida lo acompañaron muchos y grandes infortunios, pero tenía el don de encontrar el lado gozoso de la vida por tenue que éste fuera.

Con una mesa redonda donde las preguntas inacabables daban lugar a jugosas historias, terminaron aquellos días de disfrutada literatura y amistad. Bioy se despidió de Salto haciendo suyo y citando de memoria un poema de Lope de Vega:

"Cuántas veces el ángel me decía:
alma asómate ahora a la ventana
y verás con cuántos honores al entrar
y cuántas hermosuras volverán mañana."

Es tiempo ahora de despedirlo nosotros con las promesas del ángel, y de saber que al conocerlo todos hemos, sin proponérselo siquiera, como una dádiva personal, entreabierto también esa venturosa ventana.

Isidra Solari de Muró

(Placeres) "Hay que aprender a recibir el placer que nos llega directamente, no por oposición. Es fácil percibir el placer de no estar encerrado en un cuarto, trabajando con horario, que procura un paseo dominical; hay que aprender a gozar del paseo dominical, aunque no haya encierro previo. ¿Cómo proceder? Mientras el olfato registra la vecindad de un grupo de gente joven y la vista encara a una morocha en bicicleta y el oído nos vincula con el odio, expresado mediante una bocina y una fonética despectiva y tosca por el automovilista que pudo matarnos, y otros nervios nos informan de un leve, pero permanente dolor en la boca del estómago y aun otros nos convencen de que el traje que nos envaina es apenas más ajustado y apenas más abrigado de lo que sería tolerable ¿la mente debe sobreponerse y atender el espectáculo del mundo y la sensibilidad al aire, al cielo, a los árboles, al sol, a los espléndidos favores de nuestra vida que se va? ¿O habrá que verse en tercera persona, como aquel escritor a quien

le rechazaban los poemas en *La Nación*, pero a él no le importaba nada, porque noche a noche encontraba en su casa el sillón amigo, el whisky fiel, la pipa soñadora y un libro, sobre todo un libro, para diluir las penas? Tan ocupado en verse, ¿podrá uno seguir la lectura?

Hay que afinar la sensibilidad de lo bello y de lo agradable. ¿O solamente habrá un placer y el resto será diversión o entretenimiento, distracciones del minucioso horror que nos rodea y nos invade? ¿Impropiamente llamamos placeres a distracciones, para indicar que son agradables y que se parecen al placer? ¿O la dicha de vivir depende de una alquimia retrospectiva que transforma los trabajosos días en amables recuerdos? ¿Y no hay quien se aburre en medio del placer? Y otros, como aquel amigo de Burton el explorador, para prolongarlo ¿no piensan en tristezas? Y los enamorados de Cynara ¿no se dedican a substituciones, no lo reciben con la mitad del cuerpo hundida en la imaginación, en tratos con un fantasma?"

Como un pájaro pintado

Debo agradecer que se me haya permitido escribir a propósito de la vida más allá de la muerte, de uno de los más sutiles excéntricos (en el sentido de alejado del centro como en el de fundador de una nueva centralidad) de la literatura de invención.

No espero poder contribuir en nada al estudio del solfeo cantado de Bioy, dado que no toda su obra calza de lleno en su matrícula. Considero que su incoercible seducción por el género femenino no es una contribución original, en tanto el feminismo empolla su reumatismo finisecular. Nada se ha dicho además, ni podríamos sostener que Bioy no hubiera colocado a un lado, con respeto y no sin cierta altivez, con esa gracia aliada a cierta modalidad de talento que llamaríamos de *glamour de ser*.

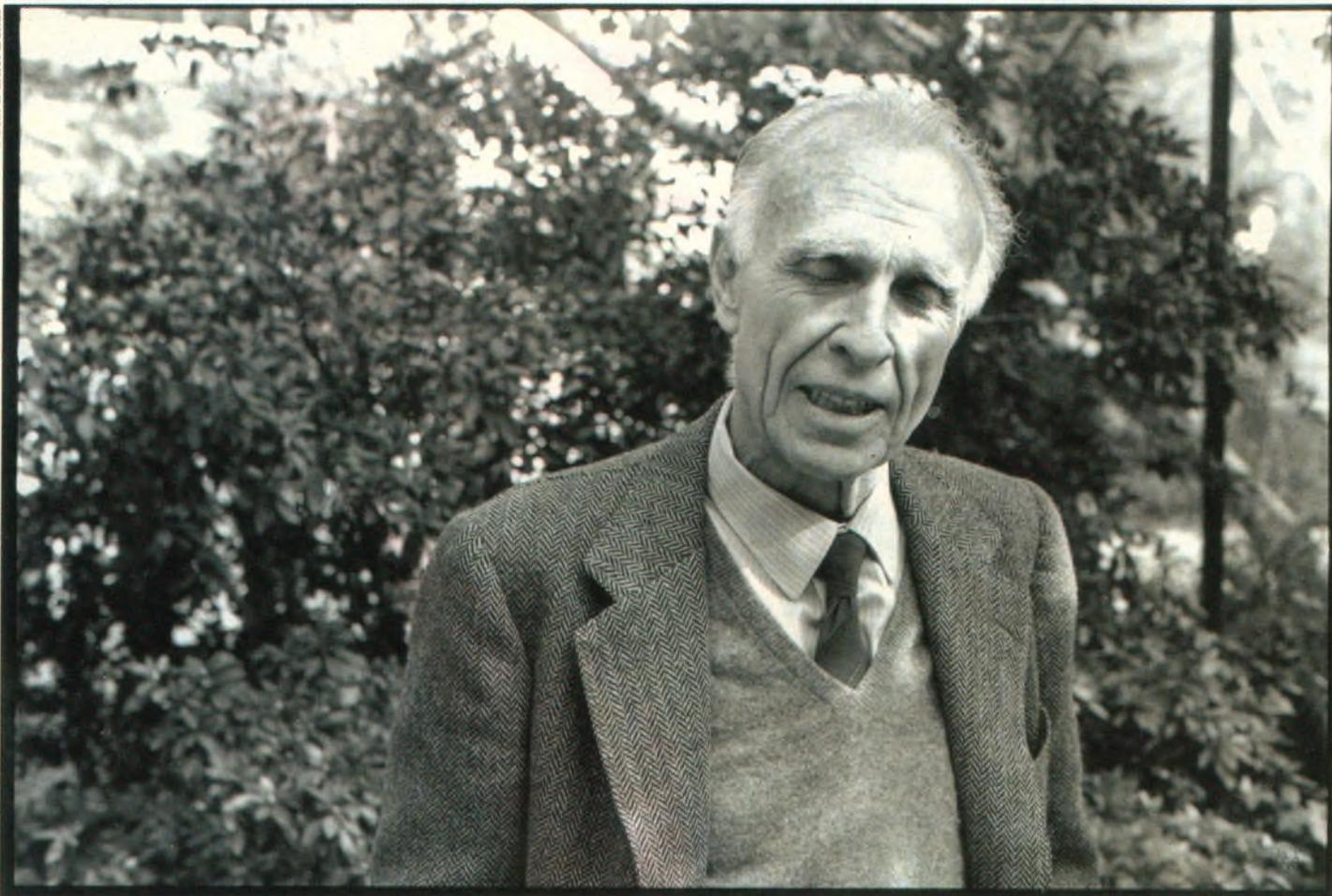
De tantos desniveles como desde los que escribía, se ilustraba para sacar el mejor provecho. Ese verdadero paralaje que cabe a todos en estas latitudes sureñas resplandece en su escritura como una ablución vital.

Se amañó para tasar el paisaje en que vivió. Las aguas alumbradas de un color antitético, cobrizas, de color *afogado*, son en todo paradigmáticas de su escritura, de la indicación súbita de lo fantástico a la realidad cotidiana.

Por eso, sólo quiero resaltar de su vida lo que no puedo aceptar como casual: que haya vivido tan próximo a Borges sin entibiar su destino, que haya prestado ambas mejillas al roce de las grandes literaturas del mundo para elegir y perfeccionar como Góngora el verso ajeno y hasta el pampero de palabras. Que lo haya hecho con palabras sencillas, sin coincidir ni resignarse. Que lo haya hecho en el remate de Babel, en pleno Río de la Plata, como un pájaro pintado en el lugar del lugar de la palabra.

Carlos Pellegrino





A una rosa

*Si escribiera en elogio de la rosa
una línea a la rosa comparable,
la belleza del mundo, innumerable,
cabría en esa línea victoriosa,
(y el porqué de lo efímero, y el sueño
de eternidades, y el modesto vino
de la fama). No quiero ese destino.
No morir, por un libro, es triste empeño.
Yo busco un té, una piedra o cualquier cosa
que dé vida inmortal. Si me equivoco,
descubriré acaso que no es poco
perdurar en la gloria de una rosa.*